

INTRODUCCION

Antonio Fontán

EXPLICACION DE UN HOMENAJE

Este libro es el homenaje de amistad a la memoria de un español ilustre que ha dejado tras de sí una obra y una huella, más un recuerdo vivo de grata evocación en muchísimas personas. Florentino Pérez-Embid, profesor universitario, historiador y político, ha sido uno de los positivos valores intelectuales y humanos de la postguerra española. Escribió miles de páginas de investigación histórica y de ensayos literarios, políticos y periodísticos. Promovió, alentó y dirigió, incansablemente y por docenas, empresas culturales de variada índole a lo largo de un tercio de siglo, y acertó a congregiar e inspirar equipos de trabajo, despertando vocaciones, animando a los más jóvenes e interesándose por todo.

Recoger en volumen un primer haz de testimonios biográficos y bibliográficos acerca de Florentino Pérez-Embid era un deber de gratitud para quienes, como los ochenta y tres colaboradores de estas páginas y los otros patrocinadores de su publicación, disfrutaron el envidiable privilegio de su compañía en diversas tareas profesionales, y el gozo de su inolvidable amistad.

Pero al recuerdo entrañable, a la gratitud y a la justicia se une otra poderosa razón que por sí sola justificaría esta obra colectiva. Este «haz de testimonios» sobre la vida y los trabajos de Pérez-Embid constituye un documento de primera mano acerca de algunos aspectos importantes de la cultura española de un tercio de siglo.

La idea de un homenaje público a la memoria de Florentino Pérez-Embid surgió espontáneamente entre algunos de los amigos que se habían reunido en la capilla ardiente el día mismo de su fallecimiento. Se pensó en seguida que debería revestir forma de libro. Escribir libros, fabricarlos, difundirlos, amarlos, había sido una de las grandes pasiones de su vida.

Unos cuantos de los más próximos amigos de Pérez-Embid empezaron a promover la idea. Numerosas personas, cuyos nombres aparecen al final de este volumen, contribuyeron a hacerlo posible con generosas aportaciones que permitirán una continuación del homenaje bajo la forma de un premio destinado a galardonar una obra de investigación histórica en alguno de los campos de las disciplinas que fueron personalmente cultivadas por él. Espero que pronto pueda convocarse el concurso, cuyo fallo será confiado a representantes de prestigiosas instituciones con las que Pérez-Embid tuvo estrechas vinculaciones profesionales.

Los trabajos que se contienen en este volumen son muy diversos en género, carácter y estilo. Junto a los méritos específicos de cada uno de ellos, todos poseen los rasgos comunes de ser directos e inmediatos. En muchos casos traslucen la emoción de haber sido escritos en caliente, al filo casi de la penosa noticia de la muerte del amigo, lo cual los enriquece con la virtud de la espontaneidad.

Las relaciones de colaboradores y patrocinadores de esta obra que cierran el volumen son sólo una muestra, no un catálogo —y mucho menos una selección— de las personas que tenían algo que decir acerca de Florentino Pérez-Embid, o que habrían querido sinceramente rendir tributo a su memoria. Los promotores del homenaje han podido incurrir en olvidos involuntarios, en omisiones no deliberadas y en errores de diversa índole, cuya ya inevitable consecuencia será la ausencia de testimonios de hombres que deberían haber figurado en estas páginas con tantos o más títulos que muchos de los que están. Los que en su día nos constituimos a nosotros mismos en organizadores del homenaje —Vicente Cacho, Amalio García-Arias, Francisco Morales Padrón, Salvador Pons, Juan Manuel Riancho y yo mismo— pedimos desde aquí la indulgente comprensión de aquellos amigos de Florentino Pé-

rez-Emb id a los que no hemos acertado a dar a conocer a tiempo el proyecto que hoy cuaja en realidad.

FLORENTINO EN ESTE LIBRO Y EN LA VIDA

Cuando acepté la comisión de redactar la introducción general a este volumen, pensé que recaería sobre mí la difícil tarea de componer una estampa de la personalidad de Florentino, a la manera de un plano general en que el lector pudiera situar los distintos aspectos del hombre y de su obra, tratados por los otros colaboradores. Pero la lectura de las páginas que siguen me ha hecho cambiar de idea.

Felizmente, la inmensa mayoría de los trabajos que se publican aquí no están concebidos como estudios parciales de distintos aspectos de la vida y la obra de Pérez-Emb id. Sus autores contemplan a nuestro personaje desde ángulos y perspectivas diversas: el hombre y sus raíces, sus empresas, el historiador, el político, el escritor, el maestro, el español de su tiempo... Pero las ventanas que de esta manera se abren vienen a dar sobre un único paisaje, que es, ni más ni menos, que el «todo Florentino». Un minuto de reflexión acerca de lo que fue, hizo y significó Pérez-Emb id lleva a la conclusión de que necesariamente tenía que resultar así.

Florentino Pérez-Emb id desplegó una múltiple y variada actividad, pero no vivió una existencia desparramada: no fue un ser disperso. Su personalidad era coherente. Una poderosa vida interior gobernaba con disciplinada energía todos sus quehaceres. Poseía en alto grado algunas cualidades que quizá no sospechaban quienes sólo le conocían poco y que explican la fecundidad de su trabajo: por ejemplo, la tenacidad y el orden. La viveza de su ingenio, su atrayente simpatía, la disponibilidad con que ofrecía generosamente tiempo y atención a cualquier solicitud, sus aparentes caprichos, el pudor, tan andaluz, con que celaba su laboriosidad, el donaire con que sabía envolver su vastísima cultura, especialmente en las materias ajenas a su oficio profesional de historiador, y el escepticismo de que le gustaba presumir en todo lo que no consideraba trascendente, que era mucho, daban a veces, en una observación superficial, una imagen distorsionada del verdadero Florentino.

Florentino Pérez-Emb id era un gran trabajador con las horas cambiadas, y un espíritu profundamente reflexivo, en cuyos oídos nunca caían en vano ni las objeciones serias ni las sugerencias acertadas. Era un intelectual de cuerpo entero, enormemente

serio en las cosas serias, y de arraigadas convicciones. Alardeaba de anteponer la belleza al rigor, cuando en realidad aplicaba el rigor del pensamiento a sus opciones de estilo. Realmente, Pérez-Emb id fue uno de esos seres irrepetibles cuyo perfil sólo se puede trazar acudiendo a las antítesis. En gentes más comunes, los diversos rasgos del carácter suelen casar entre sí casi a primera vista. La presencia de unas cualidades descarta la de otras. Y hasta las limitaciones, de que ningún humano está exento, se excluyen unas a otras mutuamente y por su orden.

Pero esta ley universal de la tipología humana parecía no regir en el caso de Florentino. Por eso seducía y desconcertaba. Muchas veces sus amigos y colaboradores respondían a sus aparentes contradicciones con un gesto de sorpresa, si todavía no estaban habituados a su trato, o de resignación, repitiendo el manido tópico de exclamar: «cosas de Florentino». Otras veces daba la impresión de arbitrariedad. Desde luego, en muchas ocasiones se equivocaba, como todo el mundo, pero casi con igual frecuencia, si se persuadía de no tener razón, acertaba a rectificar con gracia y no sin cierta picardía, manteniendo el tipo como si él no hubiera dado su brazo a torcer. Era un gran realista, dotado de mucho más sentido práctico del que le gustaba aparentar. Pero con él siempre había que estar dispuesto a asistir al espectáculo de una paradoja viva y nunca contradictoria.

En Pérez-Emb id operaban simultáneamente el rigor lógico y el tirón sentimental. Poseía la lucidez crítica del buen intelectual y la capacidad de entusiasmo —y de indignación— de un espíritu emotivo. Era extrovertido y discreto, austero y vitalista, cariñoso y severo, disciplinado y espontáneo. Tenía, evidentemente, un gran talento, pero al mismo tiempo se movía, en sus juicios y decisiones, por impulsos estéticos y aplicaba a su vida y a las cosas una enorme pasión.

Las páginas de este libro están salpicadas de numerosos ejemplos que avalan, con referencias concretas, lo que acabo de decir en unas pocas líneas.

MI TESTIMONIO PERSONAL

Pero yo debo aportar también mi testimonio personal, con la brevedad propia del caso, porque no se trata de componer yo solo una segunda obra, ni quiero entretener mucho tiempo al sistemático lector que empieza los libros por el principio; pero sí puedo testificar con cierta autoridad. Han sido treinta

y cinco años —una vida entera, o mejor dicho, dos, la suya y la mía— de fraternal amistad.

Durante la mayor parte de tan dilatado espacio, yo puedo decir, con verdad, que Florentino Pérez-Embid era mi mejor amigo: el *alter idem* de Cicerón o el *dimidium animae* del poeta venusino. En los últimos años las cosas transcurrieron de otro modo, porque sin que realmente se eclipsara una amistad tan arraigada en la mutua estimación y la admiración que yo le profesaba —y a la que él siempre correspondió con sincero afecto— nos separaron las opciones políticas.

Yo, unos años más joven que él y que Rafael Calvo Serer, su estrecho colaborador —«mi jefe», decía Florentino— de tantas empresas, había seguido con abierta simpatía a los intelectuales y escritores que a finales de la década cuarenta y principios de la siguiente colaboraban con la revista «Arbor» y otras actividades culturales y de pensamiento promovidas por ellos dos, como la Biblioteca del Pensamiento Actual. Sin una disciplina ideológica o política de grupo ni otra clase de vinculaciones, los profesores y escritores que publicaban sus trabajos en la revista o sus libros en la BPA, compartían en cierto modo por entonces unos determinados principios filosóficos y elaboraban una interpretación de la historia de España y su proyección en el mundo de un signo que hoy se llamaría tradicional y que en aquellos años resultaba renovador. López Ibor, García Escudero, Leopoldo Palacios, Corts Grau, Gamba, Palacio Atard, José María Jover, Mariano Baquero, Vicente Marrero, Fernández de la Mora, Federico Suárez, Martín Almagro, etc., se cuentan entre los que escribieron centenares de páginas en la revista o en la colección de libros que dirigía Calvo y realizaba Pérez-Embid.

No faltaron gentes que ligaban esas actividades político-culturales con una institución de fines puramente espirituales, como es el Opus Dei, a la que pertenecían Pérez-Embid y alguna otra destacada personalidad del grupo. Con el transcurso del tiempo la verdad se ha abierto paso, pero entonces aquella falsa imagen se difundió en ciertos sectores de opinión, desde los que, en consecuencia, se contemplaba con perspectiva deformada la acción intelectual y política de un hombre como Florentino Pérez-Embid, que siempre se distinguió por poseer una personalidad inconfundiblemente original y auténtica, y por obrar con plena conciencia de sus propias responsabilidades, sin esquivarlas nunca.

Desde aquellos años y hasta entrado 1968, Florentino y yo mantuvimos una relación muy asidua, presidida por una amplísima coincidencia de propósitos y actitudes. Más tarde se produjo cierto ale-

jamiento. A partir de abril de 1967, y bajo la presidencia de Calvo Serer, yo fui director del diario «Madrid», que se debatía en conflicto casi permanentemente con el «quiero y no puedo» gubernamental de la seudoliberalización de la Prensa de aquellos tiempos. Y Pérez-Embid volvió, en 1968, a un puesto en el Gobierno, como director general de Bellas Artes.

El moderado espíritu de liberalismo democrático del diario «Madrid» era probablemente a los ojos de Pérez-Embid casi una radicalización utópica y contraproducente. Yo creo que él nunca comprendió una actitud que a mí me parecía coherente, y no aprobaba las bases ideológicas y políticas de mi gestión en el diario, ni la posición de solidaridad con Calvo que mantuve en los pleitos públicos y privados que acompañaron y siguieron al cierre del «Madrid» por el Gobierno franquista y tecnocrático que mandaba en España en 1971. Y yo no dejaba de atribuir a inconsecuencia y conformismo su colaboración técnica y política con una situación de poder que, a mi juicio, procedía contra justicia. El hecho es que vivíamos más cerca que nunca, en calles paralelas a dos manzanas de distancia, y apenas nos veíamos; y eso casi siempre en público con amigos comunes, o en los veranos, cuando yo iba a Santander a los cursos que dirigen Fernández Galiano o Emilio Alonso, y no sin cierta tensión de fondo, fruto de nuestras diversas posturas políticas, de colaboración con el régimen la suya y de oposición la mía.

Creo que esta digresión no es ociosa. Un testimonio, como el que yo quiero presentar en estas páginas, no debe escamotear la verdad. Y, además, me brinda la oportunidad, probablemente única, de ofrecer ante tantos amigos comunes que leerán estas páginas, junto con una explicación, una confesión personal que no carece de interés general por particular que sea. Aquella triste noche irreplicable yo rezaba —y lloraba— velando el cuerpo sin vida del fraternal amigo que acababa de perder, al tiempo que atendía, con otros íntimos, la interminable serie de los cientos de visitantes que acudían al último adiós. Pero sin que me abandonara la penosa sensación de que, durante algún tiempo, legítimas, pero secundarias, diferencias hubieran determinado un principio de alejamiento, y un trato menos asiduo. Estoy seguro de que Juan Ignacio Tena Ibarra recuerda, igual que yo, nuestra conversación de la madrugada en una pequeña salita contigua a la capilla ardiente, de la que nos habíamos retirado unos minutos para dejar sitio a otros que iban llegando a la casa.

Pero todo esto había ocurrido en los últimos cinco años de la vida de Florentino. Antes corrieron seis lustros de una relación personal de continuidad impecable.

La historia había empezado un día de octubre de 1940 en la Biblioteca del Laboratorio de Arte de la Universidad de Sevilla, cuando Pérez-Embid tenía veintidós años, casi recién cumplidos, y yo estaba próximo a hacer los diecisiete.

Hasta 1945 Florentino Pérez-Embid vivía en Sevilla. Yo me vine a Madrid en octubre del 42, pero en los tres años siguientes, los frecuentes viajes suyos a Madrid por razones profesionales, y mis visitas a Sevilla por motivos de familia, nos mantuvieron en constante relación. Se produjo además, naturalmente, entre nosotros un trasvase de amistades. Sus amigos pasaron a serlo míos y los míos suyos. Su madre, doña Elvira, y su hermano Ismael eran para mí personas más que familiares; y para mis padres y hermanos, primero en Sevilla y desde fines del 42 en Madrid, Florentino era de la casa.

En Sevilla, en los primeros años cuarenta, el mundo que compartíamos estaba constituido por la Facultad —donde él era ya, recién licenciado, un joven profesor, ayudante de la cátedra de Historia del Arte de don Francisco Murillo, y yo estudiante de Comunes— y por la ciudad entera: el hotel Royal de la Plaza Nueva, en que vivían doña Elvira y sus dos hijos, los cafés más próximos a la Universidad —las Flores, el Plata—, las calles y monumentos que recorríamos frecuentemente en paseos interminables, de día y de noche, en los que él me enseñó casi todo lo que yo sé de mi propia ciudad, las huellas romanas de Itálica y Carmona, etc.

Los intereses profesionales de Pérez-Embid se centraban entonces en la Historia del Arte y en la Baja Edad Media del Reino de Sevilla, por influencia sin duda de sus maestros, los profesores Murillo y Carriazo. Prestaba gran atención también a la Arqueología —si bien nunca le atrajo el trabajo directo en las excavaciones— y a la poesía, aunque si compuso versos alguna vez, como hacíamos todos los jóvenes de la Facultad, yo nunca los vi ni he oído a nadie hablar de ellos. Creo que había aprendido a entender la poesía, y a juzgarla, en una escuela de tan alta calidad como la cátedra de Jorge Guillén, profesor suyo de Literatura en los años inmediatamente anteriores a la guerra civil.

Florentino hablaba mucho, con agradecido recuerdo, de casi todos los que habían sido sus profesores en la Facultad en los años 34 a 40: Jorge Guillén y Juan María Aguilar —exiliados a partir del 36—, Jesús Pabón, Diego Angulo y José Vallejo —a los que admiraba y con los que conservó siempre una buena amistad—, Murillo Herrera y Carriazo, a los que consideraba sus maestros de los años hispalenses.

Don Francisco Murillo había creado en la Facultad de Sevilla, entre los años 20 y 30, una institución verdaderamente singular para una Universidad española de provincias de aquella época: el Laboratorio de Arte. Consistía en una biblioteca especializada, muy seleccionada y bastante bien dotada, en la que profesores, doctorandos y alumnos entraban libremente y tenían acceso directo a los libros y en la que casi siempre había gente leyendo y estudiando, mañana y tarde, durante el curso y en las vacaciones. Ocupaba unos locales modestos, pero bien aprovechados, en torno al pequeño patio, el patio de Letras del viejo edificio de la Universidad, antigua casa profesora de los jesuitas, amorosamente restaurada después por el propio Pérez-Embid, cuando fue director general de Bellas Artes. Junto a los libros había también una rica colección de fotos y diapositivas, muy útiles para las clases y la investigación, especialmente valiosa en sus secciones de arte local e hispanoamericano. Murillo trabajó mucho, y no publicó casi nada. Pero puso los medios y creó el ambiente en que se formó un numeroso grupo de historiadores del Arte, dentro del que hay que incluir al Pérez-Embid del mudejarismo andaluz y portugués y de la escultura del Renacimiento en Sevilla.

Yo creo que fueron las lecciones y la obra de Carriazo las que mostraron a Pérez-Embid el sentido de la Arqueología y las técnicas de trabajo de la documentación histórica. Entendía la primera de estas disciplinas como la vía por la que se alcanza la reconstrucción de la vida de las culturas precedentes. Con su poderosa imaginación y su buena base científica, Florentino Pérez-Embid, visitando un yacimiento arqueológico —recuerdo Itálica, la necrópolis de Carmona, Numancia...— descubría a sus oyentes la vida que un día había alentado allí, y acerca de la cual las piedras se convertían en testimonio elocuente.

Su otro gran tema de aquellos años enlazaba con uno de sus más grandes amores —Sevilla, la ciudad y el Reino—, pero rompiendo los esquemas de la erudición localista provinciana. A Pérez-Embid le interesaba el papel del Reino de Sevilla en la historia española y en la historia en general. Partió de una intuición, que llegó a demostrar, y que quizá ha sido su más original aportación de historiador. Yo no recuerdo ahora si Pérez-Embid lo ha expresado alguna vez en los términos en que yo voy a intentarlo aquí. Pero, yo, lector y oyente asiduo suyo desde que él empezó a estudiar el espacio geográfico suroccidental de España en los siglos XIV al XVI, creo que acierto a interpretar la sustancia de su pensamiento. La incorporación del Reino de Sevilla y la consiguiente experiencia histórica que con ello acumuló Castilla desplazó el eje de la política de esa Corona de la dirección Norte-Sur, hasta entonces vigente, hacia el Oeste, y despertó en ella una vocación marinera, sin la

cual no se habría producido la aventura americana, ni quizá, antes de ésta, la colonización de las islas Canarias. Por eso resulta tan natural y tan coherente, desde el punto de vista de su orientación de historiador, que Pérez-Embid volcara su atención sobre los asuntos portugueses para convertirse luego en americanista. Si bien la ocasión inmediata que determinó su dedicación a la historia de América fuera producida por un factor externo al propio Pérez-Embid, que hasta 1943 no había pensado en especializarse en esa disciplina.

En octubre de 1942 llegó a Sevilla un joven catedrático que iba a revolucionar la Facultad. La Universidad hispalense tiene contraída con él una deuda que habrá de ser reconocida algún día, con el paso del tiempo, cuando se hayan calmado definitivamente las pasiones que suelen desencadenar, a favor y en contra, estos «profesores de energía», que decía Rubén. Estoy hablando de Vicente Rodríguez Casado y del arrollador dinamismo con que agitó las mansas —y mortecinas— aguas de lo que entonces era una pacífica, rutinaria e inerte Facultad de provincias. Yo espero que no tarde mucho en sonar la hora de la justicia, y mi vieja Facultad —la Facultad de Sevilla— rinda el homenaje que merecen a dos maestros que, por cierto, no se llevaron nada bien, por lo menos durante algún tiempo: don Francisco Murillo Herrera y don Vicente Rodríguez Casado. Ambos fueron para Sevilla en sus respectivos momentos tan importantes —o más— que lo había sido, por ejemplo, don Joaquín Hazañas, el maestro de la historia local.

Pérez-Embid se unió en seguida a Rodríguez Casado en la empresa de renovar el americanismo de Sevilla, fundando la Escuela de Estudios Americanos y la Sección de Historia de América. Junto a ellos se alinearon en seguida, entre otros, Juan Manzano, Enrique Marco, Manuel Hidalgo, Antonio Muro Orejón, Ángel Martín Moreno, José Antonio Calderón y aquel tan admirable como inclasificable y singular personaje que era don Manuel Jiménez Fernández.

La nueva Escuela fue unas veces bien y otras mal. El equipo inicial se rompió y recompuso varias veces hasta el día de hoy. Pero esa historia queda lejos de mi tema. En lo que afecta personalmente a Pérez-Embid, hay que señalar la presencia de Rodríguez Casado, la colaboración entre ellos y la inalterable amistad que desde entonces los unió. Estos hechos fueron determinantes para que Pérez-Embid optara definitivamente por el americanismo, lo cual era coherente con su orientación científica anterior. Rodríguez Casado, además, le sirvió también para entrar en relación con el Opus Dei, y con su fundador, monseñor Escrivá de Balaguer.

Pérez-Embid fue presentado a don Josemaría Escrivá por Rodríguez Casado a principios de 1943, en su residencia de la calle de Diego de León. Florentino

me lo dijo en seguida: no recuerdo bien si aquella misma noche o al día siguiente. La visita, aunque no muy larga, debió ser muy importante para él. Me refirió muchos pormenores. Pero ni entonces ni nunca después cuando salía el tema en nuestras innumerables charlas, le oí contar nada de lo sustancial de aquella conversación.

Pérez-Embid conocía *Camino*, el famoso libro del Fundador del Opus Dei, a cuya posterior difusión tanto iba a contribuir años más tarde desde Ediciones Rialp. Yo creo que en los meses siguientes a su primera conversación con monseñor Escrivá de Balaguer Pérez-Embid fue alcanzando un mayor conocimiento del Opus Dei y una creciente estimación por él, hasta que se incorporó a la Obra ya avanzado ese mismo 1943. Tenía veinticinco años: aquella no había sido una decisión improvisada, ni un raptó de entusiasmo juvenil. Debo detenerme un poco en este asunto, porque la adscripción al Opus Dei y su relación personal con el Fundador fueron desde entonces los centros de inspiración de su vida de cristiano y del espíritu que animaba todo su trabajo.

Florentino Pérez-Embid había sido siempre un buen cristiano, de sólida formación y muy arraigadas convicciones. Era hombre de fe y asiduo practicante, sin beaterías de ninguna clase. Yo creo recordar que en aquellos primeros años de la década 40, aunque casi todos los amigos éramos católicos sinceros, apenas si hablábamos de temas religiosos, como no fuera desde una perspectiva histórico-cultural o sociológica: el cristianismo se daba por supuesto. Florentino Pérez-Embid había colaborado con algunas actividades de la Acción Católica y de las Congregaciones Marianas y había acudido en el verano de 1942 a Santander a un curso, también de la Acción Católica, para jóvenes intelectuales y universitarios.

Pero la vinculación al Opus Dei representó para él algo nuevo y muy distinto. La espiritualidad del cristiano corriente fundamentalmente motivado por la fe, el trabajo profesional, la actividad social y la entrega a la promoción de empresas culturales y universitarias, así como su posterior dedicación a la acción pública, cobraban ahora una coherencia unitaria que se alimentaba de una fuente común: la profunda convicción de que todos los aspectos de la vida se iluminan y dinamizan con un sentido trascendente, a la luz de la noticia de que el trabajo humano es el camino para realizarse plenamente, con la sencillez de un cristiano corriente, como hijo de Dios e hijo fiel de la Iglesia Católica.

Por otra parte, ninguna de las legítimas opciones temporales —científicas, profesionales, ideológicas, políticas— se veía limitada por la adscripción al Opus Dei. Florentino Pérez-Embid pudo hacer siempre lo que en conciencia consideró procedente, bajo su propia responsabilidad, sin interferencias institucionales

de ninguna clase. Recibió el estímulo sobrenatural de la formación y dirección espiritual que le venían de la Obra, y cumplió las obligaciones derivadas de su pertenencia a ella, sin merma de su libertad personal en todos los campos que cultivaría a lo largo de su activa existencia.

Creo que puede afirmarse sin empacho que, desde el punto de vista de las exigencias de su vinculación al Opus Dei, Pérez-Embíd fue ejemplar, lo cual quiere decir, sencillamente, ni más ni menos, que fue siempre un buen cristiano. Sin que a ello obste que pudiera equivocarse tantas veces como cualquier otra persona del Opus Dei o ajena a esta Asociación, y que su labor profesional, su acción política y su gestión como administrador público o promotor de empresas culturales sea tan susceptible de discusión o examen crítico como la de cualquier humano. Lo que nadie puede seriamente poner en duda en el caso de Pérez-Embíd es la limpieza de su conducta pública y privada y la honesta rectitud de su intención.

Ajustándose lealmente a la doctrina y al espíritu del Opus Dei, Pérez-Embíd acertó a asumir la inspiración cristiana como una profunda motivación personal, de la que se extraían las normas morales —de la moral católica— que guiaban su conducta y el sentido trascendente de la vida que animaba sus propósitos. Pero sin confundir nunca los dos reinos de lo temporal y de lo eterno, ni servirse de su condición de hijo de la Iglesia para las tareas profesionales o la carrera política. La secularidad, que tantas veces se echa en falta en los comportamientos de personas buenas que no dejan por ello de ser también buenos católicos, era en Florentino Pérez-Embíd una segunda naturaleza. No sólo era debida a una espontánea proyección de su carácter, que ciertamente le inclinaba a ello, sino, sobre todo, a la formación espiritual cristiana que había adquirido, en la que tan principal papel desempeñó su adscripción al Opus Dei.

FLORENTINO, EN MADRID

En 1945, Florentino Pérez-Embíd, sin desvincularse nunca de Sevilla y de aquel núcleo americanista —investigaciones en el Archivo de Indias, publicaciones de la Escuela, Universidad de la Rábida—, se vino a Madrid.

De estos años hay otros testigos más próximos que yo, algunos de los cuales escriben en este mismo libro. Entonces lee y publica su tesis sobre *La Marina andaluza en la Baja Edad Media*; inicia una serie de trabajos americanistas en línea de continuidad con sus anteriores estudios bajomedievales sobre la Mari-

na de Castilla; saca a la luz varios libros y otras monografías de grande y mediana extensión sobre esas mismas materias; obtiene la cátedra de Sevilla y poco después la de Madrid; empieza a trabajar en su gran obra inédita —y quizá no terminada—, su gran «manual» de historia de los descubrimientos y conquista de la tierra por las civilizaciones portadoras de una cultura superior, desde los antiguos griegos hasta el siglo xx, que era la materia básica de sus cursos universitarios; trabaja en la promoción de la nueva Escuela Española de Historia Moderna —con Palacio Atard, José María Jover, Rodríguez Casado y varios profesores más—; empieza a escribir en periódicos nacionales, etc. Lo más novedoso es su incorporación a la revista «Arbor», de la que fue secretario y principal realizador durante ocho años, y su integración en el equipo político-cultural que promovía desde allí Rafael Calvo Serer.

Pérez-Embíd funda Ediciones Rialp; se convierte —junto con Calvo Serer— en paladín de una interpretación tradicional de la historia de España, en la línea simbolizada por Menéndez Pelayo; empieza a acudir, como organizador de cursos, a la Universidad de verano de Santander, sin abandonar la Rábida; colabora con el Instituto de Cultura Hispánica; se proclama monárquico, de don Juan de Borbón, lo cual no era muy rentable en aquellos tiempos; y conquista un nombre público de cierta notoriedad.

En 1951 entra en el Gobierno como director general en el Ministerio de Información. De su trabajo en este puesto —libros, revistas, Ateneo de Madrid, exposiciones, festivales de España— se habla por extenso en algunos capítulos del presente libro. Yo sólo debo añadir que en aquellos años del 51 al 57 era difícilmente imaginable un alto funcionario de un Gobierno del régimen —cuando todavía el régimen de Franco era el «Régimen»— que fuera capaz de proceder con la libertad de espíritu y con la amplitud de miras con que actuó Pérez-Embíd. Su ministro era Gabriel Arias Salgado. Yo creo que las discusiones entre ellos debieron ser interminables y sus desacuerdos frecuentes. La independencia con que se movía Florentino en aquella casa se explica, por un lado, por su gran personalidad, y, por otro, porque sin duda también a Arias Salgado le había ganado el corazón.

Yo viví por entonces con él los comienzos de «La Actualidad Española», y dos años después de la revista «Nuestro Tiempo», que fueron invenciones suyas, aunque, también por iniciativa de él, me tocara realizarlas a mí.

Pero de lo que hizo Pérez-Embíd en aquella década de los 50 sólo quiero detenerme en dos puntos que me parece que no están bastante puestos de relieve en otros trabajos de este libro: su leal colaboración con Calvo Serer, cuando éste comenzó a sufrir persecuciones por su enfrentamiento político, de monár-

quico tradicional, con el Régimen de Franco; y la inteligente y hábil actitud, abiertamente monarquizante, que adoptó desde un puesto del Gobierno de entonces, que mantenía de hecho la proscripción de la persona y significación del Conde de Barcelona.

Lo primero fue admirable y ejemplar. En septiembre de 1953, Rafael Calvo Serer publicó en «Ecrits de Paris» una severa crítica del Régimen. La reacción de éste fue inmediata: lo destituyeron de la dirección de «Arbor» y de sus puestos en Investigaciones Científicas. No fue separado de la cátedra porque Laín Entralgo, entonces rector, y Ruiz-Giménez, ministro, aunque a ellos también les alcanzaba, y muy directamente, el artículo de Calvo, se abstuvieron de actuar contra él.

Pero los aparatos de la prensa y propaganda de la Falange y del Estado se lanzaron, con tanta energía y profusión como zafiedad, contra el profesor que se había atrevido a levantar la voz y discutir el mito de la impecable sabiduría y acierto de todo lo que significaba el Régimen. Pérez-Embid apoyó a su amigo y compañero de «Arbor» con todos los medios a su alcance: mantuvo el tipo, le defendió a ultranza, hizo gala de solidaridad con él, se jugó el puesto y le prestó, en fin, una inestimable ayuda. Para lo cual, entonces y desde dentro del sistema, se requerían unas dosis de valor cívico que hoy resultan inimaginables. No hay que olvidar que para replicar a Calvo la Falange oficial de aquella época, además de consumir toneladas de papel cubriéndolo de injurias, organizó aprisa y corriendo un Congreso que llenó el estadio Bernabéu el día 29 de octubre. Cien mil camisetas azules, en presencia de Franco, coreaban las alusiones a la «tercera fuerza» y al profesor que —sin nombrarle personalmente nunca— deslizaban en sus discursos los embravecidos oradores. Pérez-Embid capeó aquel temporal y siguió siendo el más leal —y eficaz— amigo que tuvo Calvo Serer en los momentos difíciles.

Ser monárquico entonces y serlo desde el Gobierno, como Florentino, no era empresa para pusilánimes ni para oportunistas. Pérez-Embid triunfó en ello, porque era un hombre de convicciones, fiel a los dictados de su conciencia. En política, lo primero, para él, era España, cuyo destino veía estrechamente vinculado con la Restauración de la Corona. En la Biblioteca del Pensamiento Actual, que dirigía Calvo Serer y realizaba Pérez-Embid, así como en las publicaciones que impulsó y patrocinó éste desde su puesto en el Gobierno, se realizó a cierta escala una importante tarea de reivindicación de la Institución monárquica y del titular de la Corona.

Pérez-Embid ocupó en dos ocasiones, durante cinco años cada una, cargos de director general en los Ministerios de Información y Educación y Ciencia. También fue procurador en Cortes en varias legislaturas. Desempeñó esas funciones honestamente y con espí-

ritu de servicio a su país, pero sin incidir nunca en las beaterías laicas y las adulaciones al poder tan comunes entre los políticos de la época. Más bien llamaba la atención por la independencia de sus juicios, casi siempre esmaltados con las chispeantes ocurrencias y la plasticidad de expresión que caracterizaban su conversación y lo que él llamaba sus «discursos». Muchas veces, los «ortodoxos» de aquellos años de monolítica plenitud del régimen experimentaban cierta incomodidad al oírle decir las verdades que ellos pugnaban por ocultarse a sí mismos. Pero es que Florentino Pérez-Embid tenía en orden sus lealtades. Aparte del patriotismo de todo bien nacido, su principal definición política fue, como he dicho, la de monárquico, fiel a la Corona y a su legítimo titular el Conde de Barcelona, con el que mantuvo a lo largo de mucho tiempo una asidua relación personal de la que se sentía orgulloso.

Por eso, nada más natural que, al salir de su Dirección General, en 1957, Florentino Pérez-Embid se incorporara activamente a la promoción de la causa monárquica desde el Consejo Privado, los círculos Balmes, diversos ensayos de publicaciones periódicas y sus viajes a Estoril, a donde solía llevar profesores, intelectuales y otras personalidades, para que conocieran de cerca al Conde de Barcelona, y un sinfín de actividades más.

LA IDEOLOGÍA DE FLORENTINO

Yo no voy a decir ahora, porque esto es un testimonio, y su valor reside en que se ajuste a la verdad, que Pérez-Embid fuera entonces, en los años 50 y 60, ni después en los 70, lo que comúnmente se entiende por un liberal o un demócrata. Pérez-Embid fue siempre un intelectual y un político de la derecha católica y monárquica tradicional española. Sus «maîtres à penser», por ejemplo, eran Menéndez Pelayo y Maeztu. Sentía cierta afinidad por lo que había representado durante la Segunda República el grupo de Acción Española. Calvo Serer y él no dejaban de ver en «Arbor» y en la Biblioteca del Pensamiento Actual una cierta forma de continuación, más académica y también más abierta, internacionalizada y comprensiva, de lo que habían sido aquella otra revista y sus libros.

Florentino Pérez-Embid se atuvo a esa línea ideológica hasta el final de sus días. En ella no había nada de integrismo ni de proclividades fascistas o totalitarias. El integrismo consiste, fundamentalmente, en una confusión de los distintos y separados órdenes de lo espiritual y de lo temporal. Su fórmula política es

siempre una especie de teocracia, aunque a veces paradójicamente revista la forma de sacralización del César. Pérez-Embú, como toda la escuela ideológica española de filiación menéndezpelayista, distinguía muy bien entre Dios y el César, y otorgaba toda la prioridad que se les debe a los derechos y libertades de la persona humana.

Su incompatibilidad con el fascismo y con todo el pensamiento totalitario era igualmente radical, como corolario del personalismo cristiano, del principio de subsidiariedad y de la tesis de la autonomía de los grupos sociales intermedios. Por eso, sin compartir el principio democrático a la manera empírica o ideológica de los verdaderos liberales, los hombres como Pérez-Embú, que luchaban por las libertades públicas, eran tan asimilables por un sistema democrático como lo habían sido Balmes o Menéndez Pelayo y los más significativos exponentes de la derecha canovista. Vicente Cacho expone algo parecido a todo esto con la debida extensión y apoyado en textos del propio Pérez-Embú en el ensayo que se publica en este mismo volumen.

Por otra parte, Pérez-Embú era, en primer término, un buen historiador, que conocía y amaba el pasado de su patria. De ahí su preocupación por «comprender al otro» y su arraigada convicción de que España era la obra colectiva de todos los españoles sin distinción de «buenos» y «malos». El historiador tenía que intentar la comprensión de todos. El político debía asumir toda la experiencia nacional y sus consecuencias fácticas y sociales, sin aplicar el beneficio de inventario. Vicente Cacho, José Luis Comellas, Luis Miguel Enciso, Gonzalo Redondo y otros muchos historiadores jóvenes que fueron sus amigos y discípulos lo saben bien, de ciencia propia y por experiencia personal.

Basta mencionar el hecho de que dos obras tan importantes como las de Cacho Viu sobre *La Institución Libre de Enseñanza*, y Gonzalo Redondo sobre *Las empresas políticas de Ortega y Gasset*, fueron tesis doctorales propuestas a sus autores por Pérez-Embú y dirigidas por él, con la celosa asiduidad que consagraba a esta parcela de la actividad universitaria. Después se convirtieron en libros bajo la directa asistencia del maestro, tan cuidadoso de la veste editorial como del rigor científico del contenido. Los siete gruesos volúmenes de la revista «Atlántida» (1963-1969), fundada y dirigida por él, están inspirados por el mismo espíritu de integración de valores y asimilación orgánica de la ciencia y de las letras.

Muchos de los que fuimos sus mejores amigos nos hallamos como intelectuales y como políticos en posiciones más estrictamente liberales y democráticas, que él no sólo no compartía, pero ni siquiera aprobaba. Somos precisamente nosotros, más que nadie, los que debemos a la memoria de Pérez-Embú el homenaje de una comprensión profunda.

Yo confieso que cierro estas páginas con la misma emoción con que empecé a escribirlas. Todavía ahora me parece mentira que se nos haya ido para siempre, o más bien, por algún tiempo. Porque tampoco los que fuimos sus entrañables amigos y de momento le sobrevivimos nos vamos a quedar eternamente en este mundo. Más vivirá este libro, escrito y editado con la intención de ofrecerle a Florentino Pérez-Embú un primer monumento. Quizá, si hubiéramos esperado más tiempo, nos habría salido mejor. Pero valía la pena hacerlo ya, sin más tardanza. Porque, en todo caso, sus páginas están destinadas a durar más que la frágil memoria personal y la inesquivable transitoriedad de los que tuvimos la fortuna de ser amigos de Florentino.

Monumento en el Castillo de Aracena.
Bronce de Pepe Antonio Márquez. ►